

MI HISTORIA

Aquella mañana me desperté sin ganas de nada. Seguía cansada, al fin y al cabo, habían sido unos meses muy duros de trabajo. Me estiré perezosamente a ver la hora: las siete y media. Era un buen momento para empezar el día, así que decidí actualizar a mis amigos y levantarme. Nada más entrar al buscador, a pesar del cegador brillo de mi portátil, pude distinguir claramente las letras del titular: “*Malala Yousafzai y su lucha por el derecho a la educación*”. Había perdido ya la cuenta de cuántos periódicos habían decidido promover mis hazañas. Aunque ya habían pasado poco más de cinco años desde el atentado, yo seguiría trabajando hasta que todo cambiara. Por fin había conseguido hacer oír mi voz y que todos se percataran de lo que estaba ocurriendo, pero esta batalla no había llegado a su fin. Ahora que por fin tenía la atención del mundo, no iba a callarme.

El ruido de la puerta cesó mis pensamientos. Era mi hermano menor, Atal, que venía despeinado, con su típica cara de recién levantado, voz ronca y somnoliento. Por las mañanas lo mejor era evitar confrontarse con él, solía tener peor humor que *el Grinch* en diciembre. Acababa de llegar de una excursión y estaba aún más cansado de lo normal, así que preferí evitar hacerle uno de mis característicos comentarios sarcásticos matutinos y simplemente asentí cuando me pidió que bajara a desayunar.

Mi padre sonrió a modo de saludo nada más verme bajar las escaleras. Tras esto, volvió a entrar rápidamente en la cocina para volver con un gran plato de tortitas. Él, Ziauddin, es la persona más amable y honesta que conozco. Siempre lucha por lo que cree y nunca se queda indiferente ante las cosas. Se le podría describir como un hombre alto, de mediana edad, con el pelo negro y que siempre lleva su bigote poblado bien arreglado. Creo que le considero la persona más importante de mi vida. Sin él no habría conseguido mis logros.

Acudimos todos a desayunar. Desde que nos habíamos mudado al Reino Unido las cosas eran diferentes. Estábamos más...unidos, pero eso me gustaba. Hacía ya tiempo que no sabía nada de mis anteriores amistades y suponía que, debido al régimen, seguramente ellos tampoco habían sabido nada más sobre mí desde que me dispararon. Ahora toda mi vida estaba aquí, en Birmingham, aunque a ratos me preguntaba cómo iría todo por allí.

Estaba recogiendo la mesa cuando entró mi otro hermano: Khushal. Traía consigo el correo. Siempre salía a correr por las mañanas por lo que solía ser el encargado de recoger la correspondencia.

-Hay algo para ti también hermanita- dijo dejando distraídamente las cartas sobre la mesa-. ¿No tendrás algún admirador secreto y no nos lo has dicho? No creo que a Asser le haga mucha gracia.

Añadió eso último seguido de una risa irónica, a lo que yo respondí frunciéndole el ceño. Asser era mi novio y la persona con la que, al menos por ahora, tenía pensado seguir mi vida. Mis hermanos siempre me molestaban con ese tipo de comentarios. Sin embargo, hoy decidí ignorarlo y no contestarle nada. La curiosidad despertada en mi interior por aquella carta era mayor que mi enfado. La cogí y entré en mi habitación.

Ya ahí, la dejé sobre la cama para concentrarme en terminar uno de mis últimos trabajos de la universidad. La curiosidad me estaba matando, pero había que seguir con las prioridades. Una vez terminado este, apagué rápidamente el ordenador y me lancé a la cama, decidida a

abrir esa carta. Lo primero que vi fue el remitente, que no sé si aumentó mi curiosidad o simplemente me asustó: Brujas, Bélgica. No entendía nada. No conocía a nadie que viviera en esa zona, así que me dispuse por fin a abrir la carta.

Cuando la terminé de leer, había pasado ya de la confusión a la sorpresa y, a medida que avanzaba mi lectura, a la alegría. Era de una de mis antiguas amigas de Pakistán que había conseguido también escapar del régimen talibán. Quería que retomáramos el contacto y le contara mis hazañas hasta ese momento ya que, y cito sus palabras; *‘podría buscar en internet, pero nadie me lo va a poder narrar mejor que tú, Malala’*. Razón no le faltaba, así que me entusiasmé con la idea de poder retomar el contacto con ella. También había mencionado que, a pesar de vivir en Bélgica, no contaba con los recursos suficientes para tener un móvil o algún aparato mediante el que pudiéramos conversar de forma más directa y, si los tuviera, prefería invertirlo en su familia. No podía culparla, al fin y al cabo, mi familia siempre había sido la que más recursos tenía de mi anterior grupo de amigas. Y, si para nosotros había sido difícil, no me podía imaginar cómo sería su situación. Así que no tenía ningún inconveniente en hablar con ella vía correspondencia.

Así dicho, me levanté y me senté en mi escritorio. Podría parecer algo precipitado, pero era consciente de lo mucho que tardaría aquella carta en llegarle, por no hablar de cuándo recibiría yo su respuesta... así que lo mejor era ponerme cuanto antes.

Así, cogí papel y el primer bolígrafo que vi y empecé:

Hola Aisha...

¿Muy informal? Era mi amiga, pero en el fondo hacía mucho que no hablábamos. A lo mejor ya no teníamos la misma confianza.

Querida amiga...

Tampoco. No pensaba que fuera a ser tan complicado. Así que decidí empezar a escribir y que surgiera lo que tuviera que surgir, sin darle tantas vueltas. En el fondo seguía siendo mi amiga.

Querida Aisha,

¿Qué tal? ¿Cómo estás? Me alegro mucho de que tú y tu familia hayáis encontrado un lugar en el que sois felices. Han pasado muchísimas cosas en estos 5 años... Ni te imaginas. En esta carta intentaré ponerte al día de lo más importante y espero que tú puedas hacer lo mismo en tu respuesta.

Bueno, como ya habrás podido descubrir, ahora vivo en Birmingham. Atal y Khushal siguen igual que siempre, también mamá y papá. Obviamente han cambiado un poco desde que los viste por última vez, como yo, pero las cosas en casa siguen prácticamente idénticas.

Yo seguí yendo a la escuela en un instituto llamado "Edgbaston High School for Girls" y después he empezado una licenciatura en Oxford, en la cual sigo estudiando. ¿Quién lo diría?

Cuando éramos pequeñas nunca imaginé que nada de lo que me ha sucedido pudiera llegar a pasar. Desde aquel día en el que me dispararon todo ha cambiado mucho.

Bueno, en este tiempo han ocurrido infinidad de cosas más. Papá y yo impulsamos en 2013 una fundación que decidimos llamar "Fondo Malala" para intentar concienciar sobre los efectos sociales y económicos de la educación de las niñas e intentar animarlas a exigir este derecho. No sé qué habría hecho sin su ayuda. También las Naciones Unidas decidieron hacer un día en mi honor, para lo que escogieron mi cumpleaños. Aún sigo sin asimilar que han dedicado un día entero a mí. Poco después, en 2014, recibí el Premio Nobel de la Paz... Aún sigo sin crérmelo y ya hace 3 años de ello. Una gran cantidad de ese premio la doné a mi fundación. Que haya recibido un premio no significa que mi labor haya terminado. Ahora que me he hecho oír no me pienso callar, hay mucho por hacer.

También he publicado un libro: "Yo soy Malala".

Cuando salí de Pakistán nunca me imaginé todo lo que podría llegar a ocurrir. ¿Tú sigues estudiando? ¿Cómo están los demás? ¡Actualízame de todo en cuánto puedas!

Un beso,

Malala.

Cuando hube terminado de escribir la carta, la doblé ligeramente y la guardé en un sobre. Bajé emocionada las escaleras dirigiéndome a la cocina para contarle a mi madre lo que había recibido, pero, como no, Khushal se volvió a entrometer en mi camino.

- ¿A dónde vas tan sonriente? ¿Es por tu admiradooor?- preguntó indagador, subiendo y bajando las cejas.

-Pues no, es algo mucho mejor, y ahora te has ganado que no te lo cuente.

Me miró con cara de pena cuando di la vuelta y me dispuse a ir a la cocina. Hablé con mi madre, quien se emocionó casi tanto como yo.

Un par de horas más tarde, ya estaba con mi padre de camino a realizar todos los trámites necesarios para enviar aquella carta a su destino. Una vez dejada la carta, ya no podía pensar en otra cosa que no fuera su respuesta.

oooo

Ya llevaba varios meses hablando con Aisha. Ella estaba bien, al igual que toda su familia, y ya me había asegurado en muchas ocasiones que no podría estar más orgullosa de mí.

En este tiempo me han nombrado Mensajera General de la Paz, y yo no puedo estar más feliz. También he terminado la carrera. Recuerdo que cuando Aisha me preguntó que estaba estudiando, respondió con algo parecido a “¿*Filosofía, Política y Economía?! No sé cómo tienes tiempo para tantas cosas si yo ya con una carrera “simple” siento que no tengo tiempo para nada*”.

Al principio nos seguimos hablando por cartas, pero con el tiempo acabó cayendo en la tentación de comprarse un teléfono móvil, así que la comunicación ahora era mucho más sencilla y habitual. Me alegré inmensamente de ello porque a mí siempre me podía la impaciencia cada vez que debía esperar dos semanas para recibir su carta de respuesta. Acordamos escribirnos mínimo una vez a la semana, para estar siempre al tanto de la vida de la otra. Y así lo hicimos.

oooo

Ya estamos en 2022...y se cumplen diez años desde que ocurrió aquel atentado. Fue una experiencia escalofriante, pero sin ella no habría logrado hacerme oír ni mi vida habría mejorado tan drásticamente como lo hizo. Sigo hablando con Aisha y hace tres años desde que saqué mi segundo libro: “*Malala. Mi historia*”. El año pasado me casé con Asser, ante la sorpresa de mis hermanos. Supongo que lo daban por hecho, pero jamás habían pensado que se iba a hacer real. La boda fue muy íntima, al igual que toda mi vida privada.

Acababa de llegar a casa cuando estaban todos reunidos en el salón. Los miré de soslayo, mientras ellos solamente prestaban atención a la película. Siempre se me hacía tierno ver a mi familia así de unida y, sobre todo, que fueran felices. Adoraba como Asser se había sentado estratégicamente entre mis hermanos para evitar peleas. Ya era parte de la familia desde mucho antes de nuestro casamiento, pero me alegraba mirar mi mano y ver aquel brillante anillo que lo hacía oficial. Les eché una miradita más antes de subir las escaleras hacia mi habitación.

Dejé mis cosas con un suspiro y me tumbé en la cama mirando al techo. Ya no vivía ahí, pero ningún otro lugar se sentiría jamás tan “hogar” para mí como aquel. Allí empezó mi nueva vida, volví a hablar con mi amiga, terminé mi carrera y trabajé para la mayoría de mis logros y libros. Aquellas cuatro paredes siempre serían mi lugar seguro por muy lejos que estuviera.

La cama sobre la que estaba era de las pocas cosas que quedaban ahí, junto a una última caja que había venido a recoger. Asser y yo habíamos conseguido reunir lo suficiente como para permitirnos vivir juntos. El lugar estaba cerca de esta casa, pero ya no sería lo mismo. Cogí la caja que quedaba con mis cosas y salí de la estancia, no sin antes girarme para echar una mirada nostálgica.

Me iba de esa habitación abandonando mis recuerdos, mi adolescencia y la mayoría de mis experiencias. Dejé la caja en la mesa del comedor y me senté junto a mi familia para ver con ellos lo que quedaba de película. Cuando esta terminó yo no había entendido nada, ya que, además de haberme incorporado casi al final, seguía ensimismada en mis propios pensamientos. Mi marido y yo hicimos nuestras despedidas, aunque prometimos vernos muy a

menudo. Abandoné aquella casa de la mano de la mejor persona que había conocido camino a una nueva vida, sin olvidar lo que dejaba atrás. En esa casa de la que me marchaba, estaba mi vida, esa que nunca pensé que iba a tener hasta que me golpeó aquella bala en el 2012 regresando de la escuela. Dejaba atrás una etapa, mi adolescencia y mis memorias; pero en esa habitación que solía ser mía, allí, estaba mi historia.